

ser comparada con la tórtola, y es de saber que esta ave con la paloma y otras aves, tienen el cuello formado de tal manera, que pueden volver el pico y la cabeza completamente hacia atrás, formando un círculo entero, lo que hizo la Providencia para que puedan oprimir los cañones de sus plumas, de donde sale una especie de óleo con que las ungen, haciéndolas impermeables á las lluvias. ¿Y no podremos decir, que por esto se significa que la Virgen María, vuelve la vista por todas partes, adelante hacia los justos, atrás hacia los pecadores, y que extrae con sus preces el óleo de la divina misericordia para participarlo á sus hijos y libertarlos de las lluvias de la ira divina?

Ciertamente; y por eso celebramos su cuello como lleno de primores y de riquezas, diciendo: «Tu cuello es como collares de perlas.» Pero, que ¿su esposo no le dará estas joyas, y dejará desnudo su cuello, aunque tan hermoso? Veámoslo en el verso siguiente:

VERSO IO.

Cadenillas de oro haremos para ti, adornadas con gusanillo de plata.

Según otra traducción, se dice: «te haremos convenientes adornos con chispas ó clavos de plata»; y en nuestra traducción se llaman murenillas de oro, porque hay un pececillo que se llama murena, que tiene hermosas manchas de oro y se revuelve sobre sí mismo como formando un círculo; y á imitación de ese pez se fabricaban unos collares ó cadenas, á la manera que ahora usan las jóvenes unos adornos entre el brazo y la mano figurando serpientes enroscadas, uso por cierto indigno, pues la serpiente es símbolo del demonio. Las murenillas, no sólo se hacían para el cuello, sino también para los oídos y los brazos; y por esto, al decir aquí, te haremos murenillas, podemos entenderlo de todas esas clases de adornos; y aun doctores hay que lo han entendido de las fajas pectorales, ó

sea cintos, con que se ceñían hacia el pecho las jóvenes hebreas, acerca de lo cual hay una hermosa palabra en la sagrada Escritura, en la que dice el Señor: «¿Por ventura se olvidará la doncella de sus adornos, ó la esposa de su faja pectoral? mas mi pueblo se ha olvidado de mí innumerables días.» (Jer. II. 32.) Todas estas clases de adornos son símbolo de varias virtudes, que el Señor regaló á la Virgen santísima. Los collares significan la docilidad y la humildad, y de ellas entiende el verso San Jerónimo: como pendientes de los oídos, significan la obediencia, y así lo explica San Bernardo; como manillas ó adornos de las manos y del brazo, simbolizan la perseverancia en las buenas obras; y como cinto ó faja del pecho indican la castidad virginal.

Es muy de notar que en otra traslación de este verso, en vez de murenillas, se dice: «figuras, ó semejanzas, ó imágenes, haremos para tí, con puntos de plata.» Y aquí podemos entender los misterios del santísimo Rosario, porque la Encarnación, la Visitación, el Nacimien-

to, son representación y semejanza de los mismos misterios, lo mismo que de todos los otros, y todos son honrosos para la Virgen santísima, como muy preciosos adornos. Y aun el mismo instrumento del rosario, es cadenilla que se lleva al cuello, y es de oro por la oración dominical, y con puntos de plata por las Aves Marías; y este es ornamento muy preciado de la Virgen María, por lo cual quiso aparecer en Lourdes con un rosario cándido en la mano, pasando las cuentas con sus dedos virginales, como recibiendo la cuenta de las salutations que se le hacen en el mundo. Y se llaman imágenes ó semejanzas, por la imagen de la misma Virgen milagrosa ó la de Cristo crucificado, ó las de los santos que se representan en las medallas del rosario suspendidas. Todas estas significaciones podemos entender en este verso.

VERSO II.

*Cuando el Rey estaba en su reclinatorio
mi nardo dió su olor.*

Este reclinatorio de que habla aquí la Esposa, dirigiéndose al Rey su Esposo, era un asiento bajo, ó más bien una especie de cojín en que se colocaban, medio recostados para comer, los orientales; y cuando el Rey allí descansaba, el nardo de la Esposa dió su olor, porque le ungió con él, y derramado extendió más su aroma. Esto recuerda luego el hecho de la Magdalena, que en el convite ungió con nardo los pies del Señor, y la casa se llenó con el olor del unguento, como dice el Evangelio. Los santos lo explican de muchas maneras, conviniendo todos en que Jesucristo es el Rey de las almas, y es él y no otro de quien aquí se trata; pero al explicar el reclinatorio y el nardo, dan varias inteligencias. Unos entienden por el reclinatorio, el trono de la Divinidad, y el nardo oloroso son las

oraciones y plegarias de los hombres en el mundo. Otros entienden mejor por el reclinatorio, la Encarnación del divino Verbo, que vino á reclinarse y á descansar en el vientre virginal de María santísima, y ella fué la que á nombre de la humanidad entera, mientras este Rey eterno descansaba en su seno, derramó el olor del nardo con su profundísima adoración, con su humildísima reverencia, y con su ardentísimo amor. Y lo mismo puede decirse en los otros misterios del Redentor. Cuando el Rey descansaba en su seno en el viaje de la Visitación, por el camino María derramaba su olor, sus alabanzas y su gratitud; cuando el Rey Niño estaba recostado en el pesebre, el corazón de María, como nardo odorífero, derramaba el aroma de la adoración y del celeste gozo; cuando el Niño Rey estaba en los brazos de Simeón, ella derramaba el aroma de la conformidad al divino beneplácito; cuando el Niño, á la edad de doce años, estaba en medio de los doctores, ella derramaba el olor de maternal alegría al encontrarle. En los misterios de la pasión de

su Hijo, su corazón era como un nardo pisoteado y destrozado, que derramaba el aroma del dolor más intenso; y en los misterios gloriosos, ante el Rey resucitado, subido al cielo y mandando al Espíritu Santo, derramaba el olor de los más preciosos afectos. Y cuando su alma se separó de su castísimo cuerpo, y cuando volvió á tomarle, y fué coronada por Reina de los ángeles y de los hombres, nadie es capaz de concebir el aroma de su nardo allá en los cielos, es decir, los encendidísimos afectos, los coloquios dulcísimos con Jesús su Amado; los suavísimos cantares de amor y de agradecimiento, engrandeciéndolo su alma al Señor y estremeciéndose su espíritu de gozo en Dios su Salvador. Así, á imitación de nuestra muy amada Madre, cuando el Rey Jesús está en su reclinatorio de la Eucaristía, en la custodia ó en el sagrario, ó cuando esté en el reclinatorio de nuestro pecho por la comunión, que nuestro corazón sea como un nardo oloroso, que ante él derrame el aroma de la adoración, del amor, de la admiración y del agradecimiento. Y aun

en el santo Rosario, estando Jesús como descansando en nuestra memoria, en los varios pasos de su vida, nuestro corazón derrame aquellos tres olores indicados en la oración preparatoria, es decir, rezando *digna, atenta y devotamente*.

Muy hermoso es, pues, y muy provechoso este verso tan breve, del sagrado Cantar.

VERSO II.

*Manojito de mirra es mi Amado para mí,
y en medio de mi pecho morará.*

Sigue la Esposa alabando al Rey su Esposo, y no contenta con verle en su reclinatorio, quiere unirse con él íntimamente, y tenerle en medio de su pecho, es decir, en su corazón que en ese sitio está colocado. Mas ¿por qué le llama manojito de mirra? Es la mirra un arbusto que no llega á dos varas de tamaño; es planta escabrosa y llena de espinas, con las hojas en figura de lanzas y la corteza dura, é hiriéndola corren

unas gotas de gusto acre y muy amargo, y sirven para pegar, limpiar y secar. Primero produce el árbol esas gotas de por sí, y forman la mirra primera ó escogida, de hermoso, aunque triste olor; y haciéndole incisiones, produce otra de menos calidad. Todo esto es muy á propósito, dicen los doctores, para indicar la mortificación y la austeridad de la vida humilde, áspera, punzante y amarga.

Tal fué la vida de nuestro adorable Redentor, humilde en su Nacimiento y en la oscuridad de Nazaret, áspera durante su predicación; punzada con las lenguas, como lanzas, de los judíos, y amarguísima en su pasión y muerte. Ahora bien; la Santísima Virgen, que como dice el Evangelio, confería todas estas cosas en su corazón, quiso tener en medio de él, la memoria de todos los trabajos y de todos los pasos dolorosos de su santísimo Hijo.

Así, cuando le vió reclinado en el peñol, punzado con las granzas de aquellas pajas desechadas, llorando y temblando de frío en el desabrigo de aquel lugar indigno, después de adorarle, y al

levantarlo, estrechándolo contra su seno, muy bien pudo decir: «Manojito de mirra es mi Amado para mí, y en medio de mi pecho morará.» Manojito, porque es un Niño pequeñito que no pesa ni cansa; de mirra, porque padece amarguras por todos sus sentidos; y como la mirra derrama gotas medicinales, así él derrama lágrimas que curan los pecados del mundo. El es mi Amado, porque lo amo como á mi Dios y como á mi Hijo con amor inmenso; pero es manojito de mirra, para mí, porque miro sus penas y trabajos, y yo sola siento todas sus amarguras. Es manojito de mirra, como Varón de dolores, y en mi pecho morará haciéndome Madre de dolores. Cuando la Virgen Madre le miraba trabajar en el taller de Señor San José, cansado y sudando en aquel pesado oficio, también le miraba como hacecillo de mirra; y cuando le lloraba perdido, le era mirra que le amargaba el alma, pero que vino á morar con Ella después que le halló en el templo. Y cuando oía que sus enemigos le perseguían en su predicación, érale mirra amarga, y las gotas de su palabra en-

traban y moraban en su corazón. Mas sobre todo, cuando le miraba clavado en el árbol de la cruz, despidiendo tantas gotas de sangre preciosa, sentíale como un manojito de mirra que destilaba en su corazón toda la amargura de sus penas, y que con cada una de sus palabras abría una herida en su corazón para depositarlas en lo íntimo de él. Y aun después de la Resurrección y Ascensión del Señor, mientras su Madre santísima vivió en este mundo, no sólo conservaba muy viva la memoria de la Pasión, sino que visitaba con frecuencia el camino de la cruz, y en cada estación dolorosa, recordando el paso que allí se había verificado, muy bien podía decir: «Manojito de mirra es para mí mi Jesús:» aquí cayó primera vez con la cruz; aquí le alargó aquel lienzo la Verónica; aquí trajeron á Simón, que le ayudara con la carga; aquí le desnudaron; aquí le crucificaron. . . . y todos estos pasos fueron á manera de ramas espinosas como de mirra, que atadas en un manojito querido, están en medio de mi pecho, no de paso y como en hospedaje, sino morando en

mi corazón continuamente: «Manojito de mirra es mi amado para mí, en medio de mi pecho morará.» De suerte que no sólo en el calvario, sino en el pesebre, y principalmente desde la profecía del anciano Simeón, fué la vida de nuestra muy amada Madre un continuo martirio, y su divino Hijo fué para ella un arbolito de mirra que continuamente la estuvo punzando con sus espinas, y fatigándola con su peso, y abrevándola con su amargura; pero siempre en medio de su pecho, es decir, con entera aceptación, con voluntad perfecta y con cariño indecible.

Tal debe ser también la vida del cristiano: vida de unión con Jesucristo paciente, de modo que pueda decir como el Apóstol: «No quiero saber otra cosa, sino á Jesucristo crucificado; con él estoy clavado en la cruz, y yo llevo en mí las señales de sus sagradas llagas.» (I. Cor. II. 2; Galat. II. 19, et. VI. 17.)

VERSO 13.

*Racimo de cipro es mi Amado para mí,
en las viñas de Engaddí.*

¿Qué es lo que aquí se llama cipro? Unos creen que es el alcanfor, que tiene propiedades medicinales; varios santos Padres, como San Gregorio y San Bernardo, creen que se trata de la vid, que en aquella tierra llamada de Engaddí eran sus racimos sumamente crecidos, dulces y sabrosos; y otros, finalmente creen que se trata de un árbol llamado cipro, grande y frondoso, y que produce unos copos de flores blancas y olorosas que cuelgan como racimos. Todo esto conviene admirablemente á Jesucristo: como el alcanfor arde en el agua, así el corazón de Jesús ardió en fuego divino en medio de las fangosas aguas del mundo; como el alcanfor calma y aplaca las erupciones de la piel, así el Señor calma y aplaca la irritación de las pasiones; como el alcanfor, si no está muy bien guardado y en-

cerrado, se evapora y desaparece, así el Señor y su gracia, si no está muy bien custodiado, en el corazón, desaparece y se aleja.

Pero más bien parece que se trata aquí del racimo de la vid.

Refiere la sagrada Escritura, que los emisarios de Josué, mandados á inspeccionar la tierra de promisión, volvieron trayendo por muestra de su fertilidad un racimo de uvas de tan gran tamaño, que le traían dos hombres sobre un madero que cargaban en los hombros, lo cual era una tosca representación de la cruz, como lo explican los Doctores; de suerte que el racimo suspendido de aquel leño y con dos hombres á los lados, simbolizaba á Cristo suspendido del leño de la cruz y puesto en medio de dos ladrones; y el jugo copiosísimo de aquel racimo, significa la preciosa y copiosa sangre de nuestro Salvador, que además de lavar todos los pecados, es el vino generoso que enardece y alienta á las almas.

Los copos hermosísimos de flores del cipro, significan las suavísimas virtudes

de Jesucristo. Y esto se entiende de la Resurrección, Ascensión y gloria del Señor en los cielos; de suerte que, como observa un doctor, Jesucristo fué como nardo en su Encarnación, manojito de mirra en su Pasión, y racimo de cipro en su Resurrección. Y así, la santísima Virgen, en estos versos le alaba en todos sus misterios; en su Encarnación, el nardo da su olor, adorando á su Hijo; en la Pasión y al pie de la cruz, le abraza en su pecho para participar de su amargura, como hacecito de mirra; y en su Resurrección, admira y alaba las dotes gloriosas del Señor, como olorosas flores del árbol del cipro. Y nótese muy bien aquí significado el sacratísimo Rosario; pues que el nardo oloroso representa los misterios gozosos; el manojito de mirra, hecho como de cinco ramas, los cinco misterios dolorosos; y el racimo de cipro con sus copos elevados de blancas flores, los misterios gloriosos de la Resurrección y Ascensión del Señor. Y aun la venida del Espíritu Santo se indica en este verso, pues creen muchos que el cipro es el árbol del bálsamo, y el bálsamo por su

excelente olor, significa la gracia del Espíritu Santo, por lo cual se hace uso del bálsamo mezclado con el óleo en el sacramento de la Confirmación.

La palabra Engaddí, significa *la fuente del cabrito*, porque el Señor no vino á llamar á los justos, sino á los pecadores; y así las viñas de Engaddí, son los sacramentos que perdonan los pecados, y lavándose en ellos los cabritos, se truecan en blancas ovejas.

Oigamos explicarlo bellamente á San Gregorio Papa: «En Engaddí se produce el bálsamo, que con el óleo y la bendición pontifical se hace crisma, y por él se significan los dones del Espíritu Santo. Engaddí se interpreta *fuentes del cabrito*, y antiguamente se inmolaba un cabrito por los pecados. Por la fuente del cabrito se significa la fuente del Bautismo, en el cual el cuerpo se sumerge, y el alma se lava y queda limpia de todos sus pecados.»

Ahora bien; la santísima Virgen, que es Refugio de pecadores, viendo que en los sacramentos de la Iglesia, lava el Señor á las almas con el agua de su Costado,

y las cura con el bálsamo de su gracia, y las fortalece con el vino generoso de su sangre, por lo cual el Señor se compara ya al racimo de la vid, ya al bálsamo, ya al cipro, le alaba y le aclama diciendo: «Racimo de cipro es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddí.» Mas después de estas alabanzas que, como hemos dicho, comprenden todos los misterios de la redención, desde la Encarnación del Señor hasta la venida del Espíritu Santo, Jesús retorna sus alabanzas á su inmaculada Madre, y el Esposo retorna sus loores á su amada Esposa, como vamos á verlo en el verso siguiente.

VERSO 14.

*He aquí tú eres hermosa, amiga mía;
he aquí tú eres hermosa, tus ojos de
palomas.*

Pues en las esposas se busca como una dote excelente la belleza; de aquí es que el Esposo la alaba grandemente en su

Esposa, llamándola su amiga, conjunta ó compañera, y repitiendo la alabanza de su hermosura, para mostrarla más grande y más preciosa. No cabe duda que la grande amiga del Señor, su conjunta como la madre con el hijo, su compañera en la grande obra de la redención, es la santísima é inmaculada Virgen María, de quien habla aquí el Esposo: la llama dos veces hermosa, porque es hermosa en el interior y en el exterior; hermosa en su cuerpo y en su alma; hermosa en su virginidad y hermosa en su maternidad; hermosa en la tierra y hermosa en el cielo; hermosa ante los hombres, y hermosa ante los ángeles; hermosa en sus dolores, y hermosa en sus alegrías; hermosa en su santísima vida, y hermosa en su gloriosísimo tránsito. Y en el instante de su Concepción, fué hermosa por estar libertada del pecado, y hermosa por haber sido colmada de gracias. Ahora, nuestra querida Madre es hermosa en sus altares, hermosa en sus imágenes, hermosa en sus cintas y medallas; es hermosa en sus escapularios, blancos y azulados, ó negros y oscuros; hermosa en

sus fiestas, hermosa en sus Oficios, hermosa en sus Religiones y Asociaciones. Digamos, pues, á imitación del Esposo: «He aquí que eres hermosa, Madre mía, y Reina mía; he aquí que eres hermosa, bendita entre las mujeres, y bendito el fruto de tu sacratísimo vientre.»

Mas ¿por qué se añade «tus ojos de palomas?»

Para entenderlo, recordemos una palabra de nuestro divino Salvador: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.» (Math. VI. 22). Este ojo es la intención: si esta fuese recta, sencilla y sin doblez, todo el cuerpo de la obra será luminoso, esto es, limpio, puro y meritorio; mas si la intención fuese torcida, dolosa ó mala en cualquier sentido, todo el cuerpo de la obra será tenebroso, pecaminoso y culpable. De aquí es que, el alabar el Esposo los ojos de su Esposa como de palomas, significa, lo primero, que son sencillos, cándidos é ingenuos; lo segundo, que son púdicos y ruborosos; lo tercero, que son rectos, pues las palomas no miran al sos-

layo; lo cuarto, amorosos y amables; lo quinto, plácidos y mansísimos. Todo esto admirablemente conviene á la Virgen María, cuyas intenciones todas fueron puras, rectas y agradables á Dios. Además, dice el Abad Ruperto, que no es nuevo significarse por los ojos los dones del Espíritu Santo, pues en el profeta Zacarías se significan por los siete ojos de la piedra, que es Cristo. Y así hace hablar al Señor de esta manera: «Estos ojos míos, son también tuyos; ojos son de paloma, ojos de todas las gracias, pues desde que me recibiste en tus castas entrañas, te hiciste participante de todas las gracias y de los dones del Espíritu Santo, que todos descansaron sobre mí.» Así, los ojos de palomas, son ojos de virtudes, de simplicidad, de inocencia, de pureza, de candor, de gracias, de virtudes y de dones. ¡Oh preciosísimos ojos de nuestra Madre María! Mas Ella responde á estas alabanzas retornándolas al Señor, de esta manera: